

Domingo 14 junio 2009
El Evangelio de Hoy

Mc 14,12-16.22-26

Cuerpo y Sangre de la nueva y eterna Alianza

Es muy claro que la relación de Dios con Israel estaba expresada en términos de una alianza entre Dios y el pueblo, hasta el punto de llamar a todos los escritos sagrados de ese período con el nombre común de «Antigua Alianza» (Vetus Testamentum). Era, sin embargo, una alianza en que las partes no pactan las condiciones a un mismo nivel. En este caso la alianza misma es un don de Dios; y el compromiso que Dios asume también es un don gratuito: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (cf. Jer 11,4). Esa alianza fue sellada con la sangre de una víctima que, después de haber sido ofrecida en sacrificio, fue comida por toda la comunidad: «Tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: "Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ha hecho con ustedes"» (Ex 3,8).

El comportamiento de Dios en esa Alianza está descrito por el binomio: «misericordia y fidelidad» (en otros casos se traduce por «amor y verdad»). El pueblo, en cambio, fue infiel provocando la queja de Dios por medio de sus profetas: «La casa de Israel y la casa de Judá han violado mi alianza, que pacté con sus padres» (Jer 11,10). Pero Dios sigue siendo fiel y por eso promete aun: «Vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva alianza... Les pactaré alianza eterna...» (cf. Jer 31,31; 32,40). Seis siglos antes de Cristo (esta es la época del profeta Jeremías) Dios promete que hará con el pueblo una Alianza nueva y eterna (Novum Testamentum).

Con su gesto característico en la última cena Jesús quiere indicar cuál es el sacrificio de comunión que comen los que participan en esa Alianza nueva y eterna prometida por Dios y cuál es la sangre con que será sellada esa Alianza: «Mientras estaban comiendo, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio diciendo: "Tomen, este es mi cuerpo". Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: "Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos"». Jesús nos revela así que su muerte en la cruz, en realidad, fue un sacrificio de comunión, en que la víctima ofrecida a Dios - su Cuerpo- es verdadera comida; quienes comen de ella alcanzan la unión con Dios porque reciben la vida divina y la unión de unos con otros porque todos participan de esa misma vida: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna... el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,54.56). Se trata de su carne ofrecida en sacrificio y de su sangre derramada en libación.

Con su gesto en la última cena Jesús nos revela también que su sangre derramada en la cruz es la sangre con que Dios sella la nueva y eterna Alianza. El profeta Jeremías era del pueblo de Israel y en su profecía veía que esa nueva y eterna Alianza que Dios prometía sería, como la antigua Alianza, «con la casa de Israel y con la casa de Judá». Jesús lo rectifica en este punto. Una alianza restringida a ese único pueblo sería, en realidad, una alianza con «pocos». Por contraste con esos pocos, Jesús afirma que su sangre «es derramada por muchos», es decir, por todos los pueblos, por todos los hombres y mujeres que han vivido y vivirán en todas las edades.

La Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo que celebra hoy la Iglesia nos recuerda que Cristo se nos da como alimento para que nosotros podamos gozar de la vida divina que ese alimento contiene y comunica. Nos recuerda también que Cristo no es sólo un personaje histórico, sino que él está siempre vivo entre nosotros en la santa Eucaristía, de manera que podamos adorarlo y experimentar que es verdad su promesa: «Vengan a mí los que están cansados y agobiados; yo les daré descanso» (Mt 11,28).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles